

RETALES DE UNA VIDA

Manuel Rayo Hermoso

Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla y Titulado como Experto Universitario en Periodismo Local, Medio Ambiente, Sociedad Civil e Innovación, realizando prácticas como redactor de informativos en radio (COPE Andalucía) y televisión (Giralda TV). Formación en cursos de verano en la UIMP (Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander) y en la UNIA (Universidad Internacional de Andalucía). En ambos casos, cursos relacionados con los medios de comunicación y el patrimonio histórico-artístico.

La vida nos suele deparar sorpresas. Algunos piensan que estamos predestinados, es decir, tal o cuál día trabajarás, te casarás o tendrás hijos. Yo no creo en ello. Pienso que la vida es cuestión de azar. De tener buena o mala suerte. Aunque ambas se buscan también.

En verano de 2017, después de haber aprobado unas titánicas oposiciones en un Tribunal de Huelva -de casi 120 personas quedamos 13- me quedé con un sabor agridulce. Muchos me felicitaban porque había salido vivo del Vietnam. Como aquellos marines que lograron regresar a su país después de una de las mayores derrotas del ejército norteamericano (“Acorralado”, gran película).

Pero mi nota no era muy alta. No llegaba al 6. Y tirando de precedentes, los augurios no eran muy buenos.

Todo ello mientras seguía trabajando desde hace 4 años en un Call Center recibiendo llamadas de una multinacional de telefonía móvil, es decir, ejerciendo de robot a cuarenta llamadas diarias de las cuáles más de la mitad eran para acordarse de mi familia. Y entre llamada y llamada, pues a lo mejor me daba tiempo de leerme algo para la oposición.

El caso es que cuando abrió la bolsa, bajé el primer día unos 200 puestos y ya la cosa cambió. Ya veías la luz al final del túnel y no una luz de un tren que te pasaría por encima.

Nervios a flor de piel viendo como el torrente de llamadas de los dos primeros meses se iba convirtiendo poco a poco en un goteo hasta que paró a principios de diciembre.

Ya en enero de 2018, volvía a abrir la bolsa, pero no seguía las pautas establecidas de otros años. El contacto diario con otros compañeros -¡¡ Ay amigo AT Cortés!!- y compañeras era incesante. El pánico cundía por momentos a mediados de enero, donde pensábamos que la vaca no daba más leche.

Llegados a los últimos días del mes, me instalé en el Top ten, es decir, entre los 10 primeros. Y ahí ya sabía que caería. Eso sí. El móvil cargado hasta las trancas de electricidad.

Un jueves yendo a trabajar en el autobús que nos trasladaba al Call Center -o ese transporte de presos, como decía mi amigo Antonio- bajé del puesto número seis al cuatro. Entonces entré y me despedí de los que hasta entonces habían sido mis compañeros de trabajo durante cuatro años. Fue duro por ellos, no por el trabajo.

Viernes por la mañana. Teléfono en mano desde las 8:00 h. Desde hace años, desayuno todas las mañanas en el mismo bar leyendo la prensa de papel. Ese día no lo hice. Viendo constantemente si se movía o no la bolsa, a las 11:30 h ya no estaba en ella. Pensé que había un error, pero según un sindicato eso quería decir que la llamada era inminente.

Pasaban las horas y no me llamaban. No lo llamen nervios. Pónganle otra acepción a la palabra. A las 14:45 recibo una llamada de un número infinito. Destino Mairena del Alcor. Llamo al centro para comunicar mi incorporación, pero la Jefa de Estudios está en clase. Mientras tanto, todos son llamadas, algarabías y celebraciones. 14 años después de empezar a preparar una oposición, me llaman por primera vez. La Jefa de Estudios del IES Los Alcores me devuelve la llamada y me dice que esa baja ya estaba cubierta desde hace días.

Ustedes mismos. Piensen en una persona que lleva casi un cuarto de su vida preparándose unas oposiciones. Años de recortes, de notas injustas, de enfermedades... Súmenle a ello la hora a la que me llaman. Un viernes a mediodía sin capacidad de reacción pues todas las administraciones públicas ya no abren hasta el lunes. Hundido no era la palabra. Al igual que antes, invéntese otra.

No sé aún de donde saque las fuerzas para mantener la entereza durante el fin de semana. Pero lo hice. Y sabía que no era fácil. También agradezco las numerosísimas muestras de apoyo desde todos los puntos de Andalucía a través de las redes sociales o vía telefónica. Hubiera sido imposible sobrevivir sin ello.

Al lunes siguiente, servidor llegó a Delegación de Educación antes que el mismo edificio. Yo, que suelo ser tímido e introvertido, estallé en cólera. Entonces había dos opciones: Cantillana o Coria del Río. Elegí esta última, sin tener en cuenta si tenía río y antepasados japoneses. Quería un destino porque me lo gané a pulso.

Y como he dicho al principio, la vida es un juego de azar. Créanme. Bendito error de la persona que me llamó. Es duro decirlo, pero ahora pienso que ese fin de semana -el más largo de mi vida- traía algo dentro. Como un huevo kinder. Y nada menos que el Euromillón, el único que a estar alturas le puede sacar a uno de pobre.

Monetariamente hablando, no salí de pobre. En calidad de vida, sin lugar a dudas. Empezaba a trabajar en lo que quería y para lo cuál invertí mucho tiempo y dinero y, además, fui a trabajar a una localidad y un centro educativo que marcó mi vida para siempre. El IES Rodrigo Caro de Coria del Río.

Cuando llegas el primer día y te das te bruces con quién fue tu profesor de literatura en COU, todo es más fácil. Don Elías Hacha. No hacía falta que

me lo presentaran. Estaba perfectamente reconocible. Impecable.

El día que me fui del Rodrigo Caro escribí un artículo para un diario digital (#TeQuieroCoria es su título). Ahora, me cuesta escribir con otras palabras lo que sentía en aquel momento.

Desde la distancia y con el paso del tiempo, puedo decir que soy mejor persona. A ello ayudaron mucho mis compañeros, y también tengo que decirlo, mis alumnos. Siempre diré que un profesor aprende muchísimo de sus alumnos, al igual que un padre o una madre de un hijo. Así es. Algunos me hicieron ver cosas que no sabía o que se me escapaban.

Y si a todo ello ayuda un entorno idílico como es Coria del Río, su Cerro de San Juan y el Guadalquivir, mejor que mejor.

En más de una ocasión tuve que parar una clase para ver entrar un barco o un crucero por el río. Desde ese cerro, el paisaje es descomunal. Pocos centros educativos pueden presumir de tener un entorno como ese.

Esas guardias de recreo que no suelen gustar a muchos profesores, a un servidor le encantaban. Hablabas con los chavales de cosas que no tenían que ver con la materia que impartías y de vez en cuando te asomabas por las barandas para ver el río en días de cielo azul intenso.

Sesiones de evaluación en las cuáles no te ibas para casa porque preferías dar un paseo por las coquetas calles de ese maravilloso pueblo que mantiene intactas sus tradiciones y que poco o nada tiene que ver con la capital de la provincia que se visualiza desde el río. Ese paseo fluvial con su embarcadero y sus barcas donde parece que se ha librado una batalla hace miles de años.

Siempre serán mis alumnos, aquellos que tuve por primera vez. El cariño que les guardo es inmenso y eso lo veo cuando recibo correos electrónicos suyos preguntándome si los echo de menos o “¿dónde trabajas ahora, maestro”.

Hubo momentos muy difíciles, pero siempre tienes un hombro en el que apoyarte. En ese sentido tuve uno de los mejores claustros de los que uno puede formar parte. Evidentemente, siempre se hace piña con los que están en una situación de interinidad o nomadismo, como yo le llamo.

Coria del Ríos y el IES Rodrigo Caro entraron en mi vida para quedarse. Y aunque haya pasado por otros dos centros (IES Fuente Juncal, en Aljaraque e IES Alixar, en Castilleja de la Cuesta), el primer amor nunca se olvida.

Cualquier momento es bueno para visitar esa maravillosa localidad. Cualquier excusa. Y eso hago desde que tuve una de las experiencias más bonitas que he tenido. Compartir momentos en Coria del Río, compartir momentos en el Rodrigo Caro.

Son poco más de tres páginas dedicadas al 50 aniversario del centro. Los sentimientos, a veces, no pueden explicarse con palabras. Quizás sea eso.

Gracias por todo lo que me has dado, Coria. Gracias por hacerme inmensamente feliz, Rodrigo.